

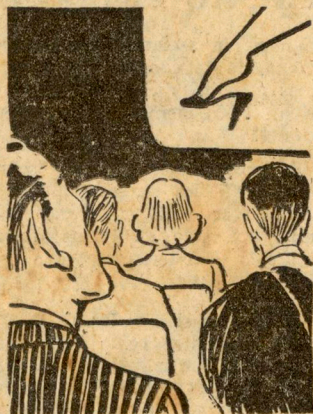
# Arte, Moralidad e Inmoralidad

por *Sebastián Salazar Bondy*

No es nueva, por cierto, la discusión sobre las relaciones entre lo ético y lo estético. ¿Hasta qué punto lo bello tiene que estar sujeto a lo moral, y viceversa? Mucho papel y más tinta se han consumido en ese debate y la verdad es que, a la postre, el problema está como en su instancia inicial. El cinismo ha proclamado, por boca tan ilustre como la de Wilde, que lo bello, sea cual fuere su índole, es moral. El rigor moralista ha establecido, en la palabra, entre otros, de Tolstoy, que no puede haber arte sin inspiración ética. La prensa católica del Vaticano condena ahora dos películas de las presentadas al Festival de Venecia por su contenido y su expresión inmorales, y en una y otra parte del mundo la opinión independiente señala que muchos de los males sociales del momento —la delincuencia juvenil, la devoción a lo lujoso, el culto del éxito obtenido por cualquier medio, etc.— proceden del nocivo estímulo cinematográfico. En el terreno de la novela, un católico como Graham Greene parece requerir, rechazando toda evasión esteticista, de la versión cruda de la realidad para expresar sus pensamientos sobre la salvación religiosa del hombre, y los comunistas ortodoxos, coincidiendo paradójicamente con mentalidades harto tradicionalistas, exigen de la narración un carácter eticista, didascálico, edificante. En fin, la cuestión está en pie y la controversia ya nada tiene que ver con la filiación ideológica de cada uno.

No obstante la salud que parecen demostrar algunas tendencias artísticas contemporáneas (verbigratia, todas las variedades del movimiento abstracto), el arte de nuestro tiempo está teñido de sociologismo.

Y esto no por azar. Al purismo del siglo XIX, al psicologismo de fines de aquella centuria y principios de la presente, ha seguido una cada vez más creciente inclinación por parte de los creadores —y ello presionados por los fenómenos políticos y económicos masivos de la hora— hacia el estudio y el tratamiento de la situación social



humana Los grandes escritores norteamericanos —O'Neill, Lewis, Dos Passos, Faulkner, Hemingway, Miller, todos estos y muchos más—, los novelistas y dramaturgos europeos del momento —católicos, marxistas, existencialistas—, los narradores de Asia —especialmente los japoneses— y de América Latina —Alegria, Azuela, Gallegos, Icaza, Lins de Rego, etc.—, se sienten "comprometidos" con su mundo y su tiempo, con su pueblo y su destino. Son, en mayor o menor grado, artistas sociales. Y son, por eso, moralistas.

Ahora bien, el cine —un arte típico de nuestro tiempo y un arte, a mayor abundamiento, que ejerce una tan profunda influencia en las masas—, ¿de qué modo debe ser moral? He aquí un punto par-

ticular del debate que es preciso localizar convenientemente. El realismo cinematográfico actual tiende, en sus mejores manifestaciones, a mostrar las lacras sociales, las injusticias, los males públicos, con el fin, a lo que parece, de formar una conciencia general de la existencia y luchar así por hacerla mejor. Si para obtener ese fin es necesario mostrar una escena desembozada de la vida sexual, del delito en cualesquiera de sus formas, del tráfico ilícito de algo prohibido o de un hecho semejante, ¿debe decirlo claramente o debe sugerirlo con un eufemismo? ¿Usan la vaguedad y la ambigüedad los escritores en un caso similar?, se puede retrucar. No, es la respuesta. No lo hacen católicos como Mauriac y Greene, liberales como Moravia o Hemingway, marxistas como Vercors o Vittorini. ¿Por qué lo ha de hacer el cine? El cine —es posible afirmar— abarca un sector mayor que la literatura. ¿Pero, esa razón basta? ¿Hay que escamotear la verdad a las mayorías? ¿Hay que mantenerlas en la ignorancia? Son interrogaciones que no se pueden responder con precipitación irresponsable ni con intolerante fanatismo. Hitler obligaba a mostrar en la obra de arte la dicha de la familia nazi, pero la familia nazi no fue por eso más o menos dichosa.

En el fondo, el problema está ligado al de las intenciones del artista. El que busca el bien, puede usar el mal como medio sin que el mal corrompa. Por el contrario, el que busca el mal hace daño aunque lo disfrace de bien. Para discriminar sobre la moralidad o inmoralidad de una obra de arte —en este caso de una película— hay que atender ante todo a la doctrina que ella expresa y a los objetivos hacia los cuales apunta. Este juicio no es fácil de aplicar, pero conviene emplearlo antes de enviar a la pira inquisitorial cualquier creación artística de esta época, a la que le falta, sobre todo, una meta trascendental como la de antaño.

LP 11/2/58  
P. 12  
629